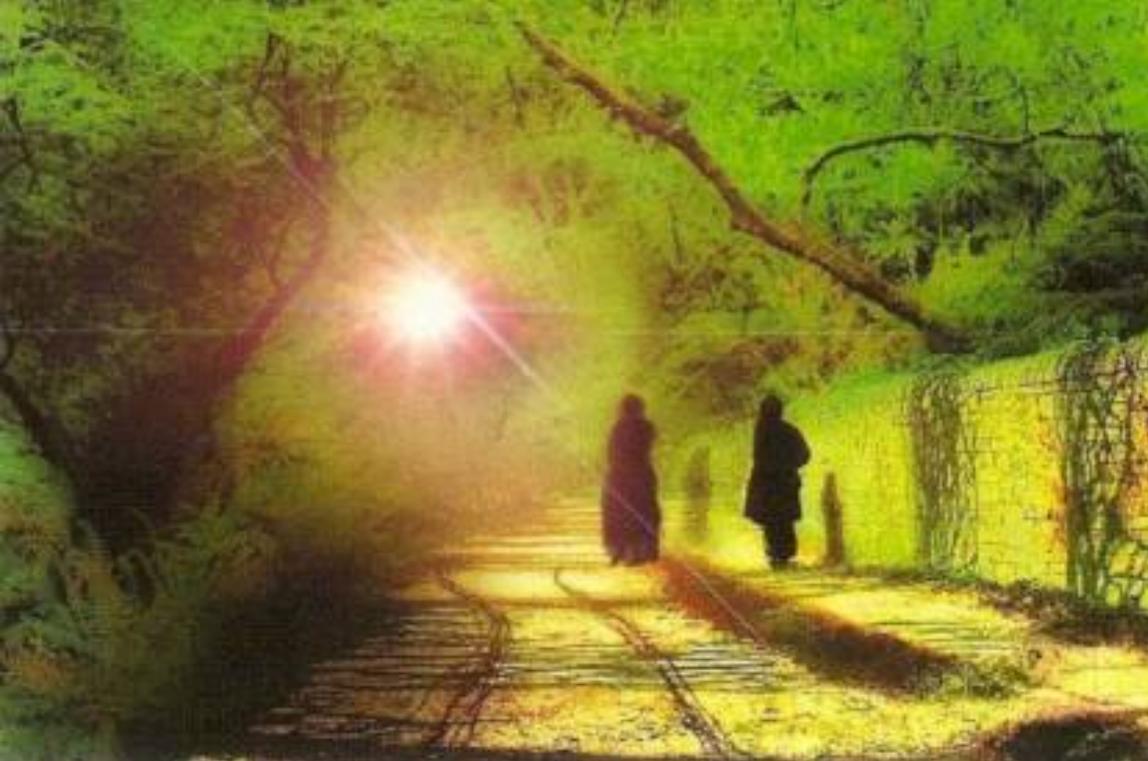


Los dones

Ursula K.
Le Guin



En las Tierras Altas, una tierra sembrada de luchas, ambición y orgullo, dos jóvenes deberán aprender no sólo a sobrevivir, sino a asumir sus propios dones, su propio papel en el mundo.

Orrec y Gry son amigos desde siempre. A pesar de pertenecer a dominios distintos, han crecido juntos en las Tierras Altas, una región tan dura como sus gentes. Los habitantes de todos los dominios fomentan un estado de perpetuo conflicto, ambicionando siempre aumentar sus posesiones a costa de sus vecinos. Lo único que logra mantener una frágil paz en este contexto son los dones.

Los dones son poderes y cada dominio ostenta el suyo. Gry, como hija de la brantor de Barre, tiene el don de atraer a los animales para la caza. Orrec, por su parte, es hijo del brantor de Caspromant por lo que tiene el don de deshacer. Sin embargo, mientras Gry se niega a usar su don, Orrec se enfrenta a un terrible sino: tiene el don más poderoso de todos pero no puede controlarlo.

1

Estaba perdido cuando vino a nosotros, y me temo que las cucharas de plata que nos robó no le bastaran para salvarse cuando huyó y se encaminó a los dominios altos. Sin embargo, al final el hombre perdido, el fugitivo, fue nuestro guía.

Gry lo llamaba así, el fugitivo. Cuando vino, estaba segura de que había hecho algo terrible, que había asesinado o traicionado a alguien, y que huía de la venganza. ¿Qué si no podía traer a uno del llano aquí, entre nosotros?

—La ignorancia —decía yo—. No sabe nada de nosotros. No nos tiene miedo.

—Dijo que la gente de ahí abajo le había advertido de que no subiera con los brujos.

—Pero no sabe nada de los dones —contesté yo—. Para él no es más que cháchara. Leyendas, mentiras...

Los dos teníamos razón, sin duda. En efecto, Emmon estaba huyendo, aunque fuera sólo de una merecida reputación de ladrón, o por aburrimiento; era tan incansable, tan intrépido y curioso e inconstante como un cachorrillo, trotando allá donde lo llevara su olfato. Recordando su acento y las expresiones que usaba, ahora sé que procedía de muy lejos al sur, más allá de Algalanda, donde las historias de las Tierras Altas son sólo eso: historias, viejos rumores de las lejanas tierras del norte, donde vivían brujos malvados en montañas heladas y hacían cosas imposibles.

Si hubiera creído lo que le contaron en Danner, nunca habría subido hasta Caspromant. Si nos hubiera creído a nosotros, nunca habría continuado su camino hacia las montañas más altas. Le encantaba escuchar historias, así

que escuchó las nuestras, pero no las creyó. Era un hombre de ciudad, tenía cierta educación, había recorrido todas las Tierras Bajas. Conocía mundo. ¿Quiénes éramos nosotros, Gry y yo? ¿Qué sabíamos nosotros, una chica obstinada y un chico ciego, con dieciséis años y atrapados en las supersticiones y la miseria de las desoladas granjas montañosas que con tanto orgullo considerábamos nuestros dominios? Nos instó, con su perezosa amabilidad, a que habláramos de los grandes poderes que teníamos, pero mientras hablábamos él veía la austeridad y la dureza en la que vivíamos, la cruel pobreza, la gente derrengada y atrasada de las granjas, veía que ignorábamos todo cuanto estuviera más allá de estas oscuras montañas, y se dijo: «¡Oh, sí, qué grandes poderes tienen, pobres mocosos!».

Gry y yo temimos que cuando nos dejó se hubiera ido a Geremant. Es duro pensar que todavía pueda estar allí, vivo pero esclavo, con las piernas retorcidas como un sacacorchos, o con la cara deformada y monstruosa para la diversión de Erroy, o con los ojos verdaderamente ciegos, como no lo eran los míos. Pues Erroy no habría soportado sus aires descuidados, su insolencia, ni siquiera durante una hora.

Me costó cierto esfuerzo apartarlo de mi padre cuando le daba rienda suelta a la lengua, pero sólo porque la paciencia de Canoc era más bien escasa y sus modales, sombríos; y no porque yo temiera que fuera a usar jamás su don sin una buena causa. En cualquier caso, prestaba poca atención a Emmon o a quien fuera. Desde la muerte de mi madre su mente se entregaba a la pena, a la ira y al rencor. Se acurrucaba en su dolor, en su ansia de venganza. Gry, que conocía todos los nidos y madrigueras en quilómetros a la redonda, vio una vez un macho de águila carroñera incubar a su pareja de grotescos aguiluchos plateados en un nido que estaba en lo alto del Picacho, después de que un pastor matara a la madre, que cazaba para ambos. Mi padre también nos atendía y pasaba hambre.

Para Gry y para mí, Emmon era un tesoro, una criatura brillante que iluminaba nuestra penumbra. Alimentaba nuestra hambre. Pues también nosotros estábamos hambrientos.

Nunca nos contaba lo suficiente sobre las Tierras Bajas. Nos daba alguna respuesta a todas las preguntas que yo hacía, pero a menudo en broma, de manera vaga o con evasivas. Probablemente había muchas cosas de su vida pasada que no quería que supiéramos, y de cualquier modo no era ni el agudo observador ni el informador claro que era Gry cuando se convertía en mis ojos. Gry sabía describir exactamente qué aspecto tenía el ternero recién nacido, con la piel azulina, las patas torcidas y los cuernecillos peludos, de modo que yo casi podía verlo. Pero si le pedía a Emmon que me hablara de la ciudad de Derris Water, todo lo que decía era que no era una gran ciudad y que el mercado era aburrido. Sin embargo, yo sabía, porque me lo había contado mi madre, que Derris Water tenía altas casas rojas y calles anchas, que escalones de pizarra subían desde los muelles y atracaderos por donde iba y venía el tráfico fluvial, que había un mercado de aves y un mercado de peces, un mercado de especias e incienso y miel, un mercado de ropa vieja y un mercado de ropa nueva, y grandes ferias de alfarería a las que acudía la gente de todo el río Trond, e incluso de las lejanas orillas del océano.

Tal vez Emmon había tenido mala suerte cuando robaba en Derris Water.

Fuera cual fuese el motivo, prefería preguntarnos a nosotros y sentarse a escucharnos; a mí, sobre todo. Yo siempre hablaba si había alguien que me escuchara. Gry tenía una larga costumbre de silencio y observación, aunque Emmon lograba convencerla.

Dudo que supiera lo afortunado que había sido al encontrarnos a nosotros, pero apreciaba que le hiciéramos sentirse cómodo y acogido durante todo un duro y lluvioso

invierno. Lo lamentaba por nosotros. Se aburría, sin duda. Era inquisitivo.

—¿Y qué hace ese tipo de Geremant para ser tan temible? —preguntaba, con un tono tan escéptico que yo intentaba con todas mis fuerzas convencerlo de que lo que decía era verdad. Pero había asuntos de los que no se hablaba mucho, ni siquiera entre la gente con el don. No parecía natural hablar de ellos en voz alta.

—El don de ese linaje se llama la torcida —dije por fin.

—¿La torcida? ¿Es como una especie de baile?

—No. —Las palabras eran difíciles de encontrar y difíciles de decir—. Retorcer a la gente.

—¿Los hace darse la vuelta?

—No. Los brazos, piernas. Cuellos. Cuerpos.

Retorcí un poco mi propio cuerpo, incómodo con el tema. Finalmente, dije:

—Ya viste al viejo Gonnen, el leñador, allá arriba en Knob Hill. Pasamos junto a él ayer por el camino de los carros. Gry te dijo quién era.

—Todo encorvado como un cascanueces.

—Eso se lo hizo el brantor Erroy.

—¿Lo dobló así? ¿Para qué?

—Fue un castigo. El brantor dijo que lo había pillado recogiendo madera en el bosque de los gere.

—El reumatismo acaba haciéndole eso a todo el mundo —dijo Emmon después de un rato.

—Gonnen era joven entonces.

—Entonces no viste cómo sucedió.

—No —dije, insultado por sus aires de incredulidad—, pero él sí. Y mi padre también. Gonnen se lo contó. Gonnen dijo que no estaba en Geremant, sino cerca de la frontera, en nuestros bosques. El brantor Erroy lo vio y le dio un grito; Gonnen se asustó y empezó a correr con la carga de madera a la espalda. Se cayó. Cuando trató de ponerse en pie, tenía la espalda encorvada y jorobada, como la tiene

ahora. Si trata de erguirse, dice su esposa que grita de dolor.

—¿Y cómo le hizo eso el brantor?

Emmon había aprendido la palabra de nosotros; dijo que nunca la había oído en las Tierras Bajas. Un brantor es el dueño o la dueña de un dominio, lo que quiere decir que es el jefe y el más dotado de un linaje. Mi padre era brantor de Caspromant. La madre de Gry era brantor de los barres de Roddmant y su padre, brantor de los rodd de ese dominio. Nosotros dos éramos sus herederos, sus aguiluchos.

Vacilé en contestar la pregunta de Emmon. Su tono no había sido burlón, pero no sabía si debía decir nada sobre los poderes del don.

Gry le respondió.

—Debió de mirar al hombre —dijo con su voz tranquila. En mi ceguera su voz siempre me producía una sensación de aire ligero moviéndose entre las hojas de un árbol—. Debió de señalarlo con la mano izquierda o con un dedo, y tal vez dijo su nombre. Luego debió de pronunciar una palabra, o dos, o más. Y ya está.

—¿Qué clase de palabras?

Gry guardó silencio; tal vez se encogió de hombros.

—Los dones de los gere no son míos —dijo por fin—. No conocemos sus modos.

—¿Modos?

—La manera en que un don actúa.

—Bueno, ¿cómo actúa tu don, qué hace, entonces? —le preguntó Emmon, sin burlarse, lleno de curiosidad—. ¿Tiene algo que ver con la caza?

—El don barre es la llamada —dijo Gry.

—¿La llamada? ¿A quién llamas?

—A los animales.

—¿A los ciervos?

Después de cada pregunta se producía un pequeño silencio, el suficiente para que Gry asintiera. Imaginé su rostro, concentrado pero cerrado, mientras asentía.

—¿A las liebres? ¿A los cerdos salvajes? ¿A los osos? Bueno, y si llamaras a un oso y acudiera a ti, ¿qué harías entonces?

—Los cazadores lo matarían —ella hizo una pausa antes de continuar—. Yo no llamo para la caza.

Cuando lo dijo, su voz no fue el viento en las hojas, sino el viento sobre la piedra.

Nuestro amigo sin duda no entendió lo que decía, pero su tono debió de asustarlo un poco. No continuó con ella, sino que se volvió hacia mí.

—Y tú, Orrec, ¿tu don es...?

—El mismo que el de mi padre —dije—. El don de los caspro se llama deshacer. Y no te diré nada al respecto, Emmon. Perdóname.

—Eres tú quien debe perdonar mi torpeza, Orrec —dijo Emmon después de un breve silencio de sorpresa, y su voz, con la cortesía y la amabilidad de las Tierras Bajas, fue tan cálida como la voz de mi madre, y mis ojos se llenaron de lágrimas bajo el sello que los cierra.

Él o Gry avivaron la hoguera. El calor me cubrió de nuevo las piernas, lo que agradecí. Estábamos sentados ante la gran chimenea de la Casa de Piedra de Caspromant, en el rincón sur, donde los asientos están tallados en las piedras del lado de la chimenea. Era una fría noche de finales de enero. El viento que subía por la chimenea ululaba como los grandes búhos. Las mujeres que tejían estaban congregadas al otro lado, donde había mejor luz. Hablaban un poco o canturreaban sus largas, aburridas y silenciosas canciones de costureras. Nosotros tres en nuestra esquina seguimos hablando.

—Bueno, ¿y qué hay de los demás? —preguntó Erron, imparable—. ¿No puedes hablar de ellos? Los otros brantors, en todas estas montañas de por aquí, en sus torres de piedra, como ésta, en sus dominios... ¿Qué poderes tienen? ¿Qué dones tienen? ¿Por qué se les teme?

Siempre se notaba aquel pequeño desafío de la semiincredulidad, al que yo no me podía resistir.

—Las mujeres del linaje de Cordemant tienen el poder de cegar —dije—, o de dejarte sordo, o de quitarte el habla.

—Vaya, eso está feo —comentó él, impresionado por el momento.

—Algunos de los hombres de Cordemant tienen el mismo don —dijo Gry.

—Tu padre, Gry, el brantor de Roddmant... ¿tiene algún don, o todo es de tu madre?

—Los rodd tienen el don del cuchillo —contestó ella.

—Y ése es...

—Echan un hechizo cuchillo en el corazón de un hombre o le cortan la garganta o lo mutilan con él como les place, si está a la vista.

—¡Por los nombres de todos los hijos de Chorm, ése sí que es un buen truco! ¡Un buen don! Me alegro de que hayas salido a tu madre.

—Yo también —dijo Gry.

Siguió pinchando y no pude resistirme la sensación de poder que me producía hablarle de los dones de mi pueblo; así que le hablé del linaje de Olm, cuyos miembros pueden encender fuego en cualquier lugar que alcancen a ver y señalen; de los callems, que pueden mover cosas pesadas con la palabra y el gesto, incluso edificios o montañas; del linaje de Morga, que tiene la visión interior, de modo que pueden ver lo que estás pensando... aunque Gry dijo que lo que ven es cualquier debilidad o enfermedad que pueda haber dentro de ti. Estuvimos de acuerdo en que, en cualquier caso, los morga pueden ser vecinos incómodos, aunque no peligrosos, por eso se mantienen apartados, unos pocos dominios más allá, en los prados del norte, y nadie sabe mucho sobre ellos excepto que crían buenos caballos.

Entonces le conté lo que había oído toda mi vida sobre los linajes de los grandes dominios: Helvarmant, Tibromant, Borremant, los señores de la guerra de los Carrantages, al noreste montaña arriba. El don de los helvar se llama limpiar, y es parecido al don de mi linaje, así que no dije nada más. Los dones de los tibro y los borre se llama la rienda y la escoba. Un hombre de Tibromant puede quitarte la voluntad y obligarte a obedecer la suya; eso es la rienda. Una mujer de Borremant puede quitarte la mente y dejarte convertido en un completo idiota, sin cerebro y sin habla; eso es la escoba. Y se hace, como con todos los poderes, con una mirada, un gesto, una palabra.

Pero esos poderes eran rumores, tanto para nosotros como para Emmon. No había ninguno de esos grandes linajes aquí en las Tierras Altas, y los brantors de los carrantages no se mezclaban con nosotros, la gente de los dominios bajos, aunque hacían incursiones de vez en cuando por la montaña en busca de siervos.

—Y vosotros contraatacáis con vuestros cuchillos y fuegos y todo lo demás —dijo Emmon—. ¡Por eso vivís tan dispersos! Y la gente del oeste de la que habéis hablado, el dominio grande, Drummant, se llama así, ¿no? ¿Cómo logra su brantor haceros daño? Me gusta saber este tipo de cosas antes de encontrarme con nadie.

Yo no hablé.

—El don del brantor Ogge es el deterioro lento —dijo Gry.

Emmon se echó a reír. No podía saber que de esas cosas uno no se ríe.

—¡Todavía peor! —dijo—. Bueno, retiro lo dicho sobre esa gente con la visión interior, es decir, los que pueden decirte qué enfermedad tienes. Después de todo, éste sí puede ser un don útil.

—No contra una incursión —repuse.

—Entonces, ¿siempre estáis luchando unos con otros por vuestros dominios?

—Por supuesto.

—¿Para qué?

—Si no luchas, te llevan y tu linaje se rompe. —Traté su ignorancia con bastante desdén—. Para eso están los dones, los poderes... para proteger tu dominio y mantener el linaje puro. Si no pudiéramos protegernos, perderíamos el don. Nos eliminarían los otros linajes y la gente corriente, o incluso los callucs...

Me detuve. La palabra en los labios me detuvo, la palabra despreciativa hacia los de los llanos, la gente sin dones, una palabra que no había dicho en voz alta en mi vida.

Mi madre fue una calluc. La llamaban así en Drummant.

Pude oír a Emmon sacudiendo con un palo las cenizas; después de un rato, dijo:

—¿Así que esos poderes, esos dones, se heredan con el linaje familiar, de padre a hijo, como si se tratara de una nariz chata?

—Y de madre a hija —contestó Gry. Yo no dije nada.

—Entonces todos tenéis que casaros dentro del linaje para mantener el don en la familia. Eso lo entiendo. ¿Desaparecen los dones si no lográis encontrar un primo con quien casaros?

—No es ningún problema en los carrantages —dije yo—. La tierra es más rica, los dominios más grandes y vive más gente allí arriba. Un brantor puede tener allí una docena de familias de su linaje en su dominio. Aquí abajo, los linajes son pequeños. Los dones se debilitan si hay demasiados matrimonios fuera del linaje. Pero el don fuerte se cumple siempre. De madre a hija, de padre a hijo.

—Y por eso tu don con los animales vino de tu madre, la brantoresa. —Le dio a la palabra forma femenina, lo cual pareció ridículo—. Y el don de Orrec procede del brantor Canoc, y no haré más preguntas sobre el tema. ¿Pero querrás decirme, ahora que sabes que te pregunto como amigo, si naciste ciego, Orrec? ¿O te lo hicieron esas brujas de

las que hablaste, las de Cordemant, por venganza o por odio, o en alguna incursión?

No supe cómo esquivar la pregunta, y no tenía ninguna respuesta a medias para darle.

—No —contesté—. Fue mi padre quien me selló los ojos.

—¡Tu padre! ¿Tu padre te cegó?

Asentí.

2

Ver que tu vida es una historia mientras estás ahí en medio viviéndola puede ayudarte a vivirla bien. Sin embargo, no conviene creer que sabes cómo te irá, o cómo acabará. Eso sólo debe saberse cuando ha terminado.

E incluso cuando ha terminado, incluso cuando se trata de la vida de otra persona, de alguien que vivió hace cien años y cuya historia he oído una y otra vez, mientras la oigo espero y temo como si no supiera cómo va a terminar; por eso vivo la historia y la historia vive en mí. Es la mejor manera que conozco de tratar con la muerte. Las historias son aquello a lo que la muerte cree que pone un final. No puede comprender que son las historias las que le ponen un final a ella, aunque no acaben con ella.

Las historias de otras personas, sus cimientos, el terreno donde se desarrolla, pueden convertirse en parte de la tuya.

Así ocurrió con la historia de mi padre sobre el brantor ciego; y su historia sobre la incursión de Dunet; y las historias de mi madre sobre las Tierras Bajas y sobre la época en que Cumbelo era rey.

Cuando pienso en mi infancia, entro en el salón de la Casa de Piedra y estoy en el asiento de la chimenea, en el patio enfangado o en los limpios establos de Caspromant; estoy en el jardín de la cocina recogiendo habichuelas con mi madre, o con ella junto al hogar en la habitación de la torre redonda; estoy fuera, en las montañas, con Gry; estoy en el mundo de las historias que nunca terminan.

Un grande y grueso bastón de madera de tejo, burdamente cortado pero con el mango pulido por el largo uso,

colgaba junto a la puerta de la Casa de Piedra, en la oscura entrada: era el bastón del ciego Caddard. No se podía tocar. Era mucho más alto que yo cuando lo vi por primera vez. Solía ir y tocarlo en secreto sólo por la emoción de hacerlo, porque estaba prohibido, porque era un misterio.

Creía que el brantor Caddard había sido el padre de mi padre, pues hasta ahí llegaba mi comprensión de la historia. Sabía que el nombre de mi abuelo era Orrec. Me llamaron igual en su honor. Así que, para mí, mi padre tuvo dos padres. Eso no me creaba ningún conflicto; me parecía interesante.

Un día estaba en los establos con mi padre, cuidando los caballos. Él no se fiaba de nadie con respecto a sus caballos, de modo que comenzó a enseñarme para que le ayudara cuando cumplí los tres años. Yo estaba subido a un taburete cepillando el pelo de invierno del lomo de la yegua roana. Le pregunté a mi padre, que atendía al gran semental gris de la cuadra de al lado:

—¿Por qué sólo me pusiste el nombre de uno de tus padres?

—Sólo tuve uno para ponerte su nombre —dijo mi padre—. Como la mayoría de la gente respetable.

No se reía a menudo, pero pude ver una seca sonrisa.

—Entonces, ¿quién fue el brantor Caddard? —pregunté, aunque lo deduje antes de que pudiera responder—. ¡Fue el padre de tu padre!

—El padre del padre del padre de mi padre —dijo Canoc, a través de la nube de pelaje de invierno, de polvo y de barro seco que estaba sacando del lomo de *Greytag*. Yo seguí estirando, alisando y peinando el flanco de la yegua, y como recompensa recibí basura en los ojos, en la nariz y la boca, un trozo brillante de la piel de primavera roja y blanca del tamaño de mi mano en el flanco de *Roanie* y un relincho de contento por su parte. Era como un gato; si la acariciabas se apoyaba en ti. La empujé con todas mis fuer-

zas y seguí trabajando, intentando ampliar el trozo brillante. Había demasiados padres para entenderlo bien.

El mío dio la vuelta a la cuadra de la yegua, frotándose la cara, y se quedó allí mirándome. Yo seguí trabajando, alardeando, moviendo el cepillo ahora con gestos demasiado largos para que sirvieran de algo. Pero mi padre no dijo nada al respecto.

—Caddard tuvo el don más grande de nuestro linaje, o de cualquier otro de las montañas del oeste. El mayor que se nos ha dado jamás. ¿Cuál es el don de nuestro linaje, Orrec?

Dejé de trabajar, me bajé del taburete, con cuidado, porque era un salto demasiado grande para mí, y me planté delante de mi padre. Cuando dijo mi nombre, me erguí, me quedé quieto y lo miré a la cara: así lo había hecho desde que tenía memoria.

—Nuestro don es deshacer —dije.

Él asintió. Siempre era amable conmigo. No temía que me hiciera ningún daño. Obedecerlo era un placer difícil e intenso. Su satisfacción era mi recompensa.

—¿Y qué significa eso?

Dije lo que él me había enseñado a decir:

—Significa el poder de deshacer, de destruir.

—¿Me has visto usar ese poder?

—Te he visto hacer pedazos un cuenco.

—¿Me has visto usar ese poder en un ser vivo?

—Te he visto hacer que una vara de sauce se ponga toda blanca y negra.

Esperé que lo dejara allí, pero las preguntas no cesaron.

—¿Me has visto usar ese poder en un animal vivo?

—Te vi hacer... que... una rata muriera.

—¿Cómo murió? —su voz era tranquila e implacable.

Fue en invierno. En el patio. Una rata atrapada. Una rata joven. Se había metido en el barril que recogía el agua de la lluvia y no podía salir. Darre, el barrendero, fue el primero en verla.